

Discorso di D. A. Sanna
1872-73

DMU
5.812

BIBLIOTECA REGIONAL



1066819

DMU
5812
T. 44321

R. 108.931

~~Reg-3~~



DISCURSO

QUE

EN LA SOLEMNE APERTURA

del curso académico de 1872 á 73

LEYÓ

D. SIMON GARCIA Y GARCIA

Doctor en la facultad de Filosofía y Letras,

Licenciado en la de Derecho y Catedrático

de Geografía é Historia, de este Instituto.



MURCIA.—1872.

ITMO. SEÑOR.

Parece que no era yo el llamado á ocupar este augusto lugar en que se han sentado ya tantos varones eminentes, honra algunos de las letras españolas, otros honra de la tribuna parlamentaria, y todos honra de esta escuela, y en que podria haberse sentado esta vez con mejores títulos cualquiera de mis dignos compañeros; pero ya que estos lo han querido así, que me dispensen al ménos, como acostumbran, toda su indulgencia; porque fiado en ella y en la del ilustrado público que me oye, y no en mis débiles fuerzas, me he atrevido á aceptar este difícil encargo,

tanto más difícil cuanto que he de cumplirlo en presencia de mi antiguo y respetable maestro, á quien me permitireis saludar desde este sitio con toda la efusion de mi alma.

El punto que someto en este pobre trabajo á vuestra ilustrada consideracion es en la actualidad de la mayor importancia. Hay hombres y aun escuelas, que gozan de no poco prestigio, que han declarado la guerra á Dios, pretendiendo en su ceguedad borrarle de la conciencia humana; y hay hombres y escuelas tambien que aspirando á ser los òrganos de la ortodoxia cristiana se han formado un Dios á su manera, que ò no ejerce influjo alguno en las cosas humanas, ò lo ejerce tan caprichoso que más que de Dios parece obra del antiguo génio del mal. Por esto, señores, me he atrevido, y atrevimiento se necesita, á tratar aunque someramente la delicadísima cuestion de la intervencion de la providencia en el gobierno del mundo.

En presencia de la multitud de hechos que se ofrecen á la vista del historiador, de pueblos que desaparecen para no dejar siquiera la huella que deja el pie del hombre en la arena del desierto, de antiguas y populosas ciudades convertidas por la accion destructora del tiempo en un informe monton de ruinas, de civilizaciones adelantadísimas de que apenas tenemos en la actualidad vagas y contradictorias noticias, se vé el hombre pensador arrebatado hasta Dios, en quien halla la única causa capaz de explicar tanta variedad de accidentes. Solamente su accion misteriosa puede esplicarnos como en medio de las luchas que constituyen en la apariencia el fondo de la edad

antigua, como en medio de lo que el conde de Maistre mira como un inmenso campo de matanza, se cumple sin embargo una gran obra, la de acercar y reunir todos los pueblos antiguos con sus dioses, civilización y costumbres por el intermedio de los persas, griegos y romanos. Si quisiera, señores, pintaros con caracteres de fuego la intervencion de Dios en las cosas del mundo antiguo, me bastaria transcribir las palabras de uno de los varones mas eminentes que produjo el pueblo de Israel, á propósito de las extraordinarias conquistas de los babilonios: «He aqui lo que dice el Eterno: las aguas se levantan de la parte del Aquilon; y serán como un torrente que inundará las campiñas, que cubrirá la tierra y todo lo que la tierra contiene.... A la voz del Dios vengador las ciudades se reducirán á escombros: está cerca el dia, dice el Eterno, que haré oír en Rabbath, la ciudad de los Hamonitas, el choque y el estruendo de las armas.... Yo he jurado por mi mismo, que Botsra será destruida, que será el objeto del insulto y de la maldicion de los hombres, y que todas sus ciudades serán convertidas en soledades eternas.» (1) El mismo lenguaje emplea Nahum al vaticinar la ruina del imperio de los Asirios, é Isaias al vaticinar la ruina del de los Babilonios: «El Eterno es lento en su cólera, y grande por su fuerza; tarda en castigar, pero castiga al fin. Maldicion sobre tí, ciudad de sangre. A causa de la multitud de las liviandades de esta prostituta que vendia las naciones para saciar sus apetitos.... He aqui lo que dice el Señor de los

(1) Jeremias XLVL.. 2 3

ejércitos: yo te levantaré los vestidos sobre tu frente, y mostraré tu desnudez y tu deshonra á las naciones y á los reinos.» (1)

«El Señor de los ejércitos ha convocado todas sus fuerzas; las ha hecho venir de los países mas remotos y de la estremidad de la tierra.... Esta magnífica Babilonia, la reina entre los reinos del mundo, será destruida, como lo fué Sodoma y Gomorra. No será habitada jamás: ni los árabes pondrán sus tiendas, ni los pastores descansarán á la sombra de sus ruinas. Sólo las bestias salvajes tendrán sus guaridas en sus palacios derribados y en sus casas de placer.» (2)

Pero donde más se deja sentir la acción de la providencia es en los grandes acontecimientos, en esos que han cambiado por completo el rumbo de la humanidad en su peregrinación sobre la tierra, lo mismo que en los hombres superiores que han dado cima á las más grandes empresas. «Siento una voz dentro de mi que me manda caer sobre Roma y entregarla al saqueo,» decia el caudillo de los visigodos á un ermitaño que se propuso disuadirle de su viaje á la ciudad eterna. El jefe de los vándalos dejaba á los vientos que dirigieran su escuadra contra los pueblos con quienes Dios estaba irritado. El mismo Atila se conocia que era instrumento de un poder sobrenatural y superior al suyo al apellidarse así mismo *el azote de Dios* y *el martillo del universo*. Y ya que he citado esta época, la más crítica sin disputa de cuantas ha atravesado la humani-

(1) Nahum, I 3.

(2) Ysaías, XIII, 5.

dad, permitidme que pregunte á esos espíritus ligeros que nada ven en la historia, más que una série de hechos que se suceden fatalmente y sin sujecion á ninguna ley superior: ¿quién tenia encerrados á esos enjambres de bárbaros allá en sus selvas impenetrables, alejados por completo durante siglos del contacto con los demas pueblos?; quién les diò la consigna para salir á una hora determinada todos en tropel, á romper las fronteras del imperio?; quién les diò la idoneidad para recibir el cristianismo, y convertirse de ciegos instrumentos de venganza en apòstoles armados del evangelio?; quién lanzò algun tiempo despues las masas de la Europa sobre el Oriente á buscar una muerte segura al grito de «Dios lo quiere»?; y quién, por último, sostenia el ánimo de Colón en la inmensidad del Océano cuando buscaba un mundo del que ni él mismo tenia noticia?.

Se concibe el desconocimiento de la providencia en el mundo antiguo sujeto en todas las manifestaciones de la vida á la ley de la fatalidad, de la que no se libraban ni los mismos dioses del Olimpo. Tampoco la antigüedad llegó á adquirir la nocion de la humanidad como la reunion de todos los hombres para cumplir un fin comun, siendo mirados durante ella los extranjeros, aun por las inteligencias de primer órden, como una cosa enemiga con la que no cabian mas vínculos que los de la guerra y el exterminio. Buen testimonio de esta verdad podrian suministrarnos el mas humano de los trágicos griegos y el mas grande y reputado de sus filòsofos: el primero declara, como lo hizo despues el épico latino, que el heleno tiene derecho á imponer su yugo al bár-

baro; (1) y el segundo se atrevia á aconsejar á Alejandro que tratara á los vencidos como á brutos ó como á plantas. (2)

La nocion de la providencia como un poder que dirige las cosas humanas, las grandes y las pequeñas, sin dejar nada al acaso, digo es enteramente cristiana; porque cristiana es la nocion de Dios como el padre comun de todos los hombres, y la nocion de la humanidad como un cuerpo que tiene en si vida propia, y que está sujeto á leyes generales. Uno de los mas nobles representantes de la antigüedad gentilica, influido á pesar suyo por las ideas cristianas que habia profesado en su mocedad, se expresa, sin embargo, en lo que se refiere á la unidad del género humano predicada por los cristianos, en los siguientes términos, que bastan por si solos para juzgar al paganismo y á la antigua filosofía: «La unidad del género humano está en oposicion con la profunda diversidad que se observa en las leyes y en las costumbres de los diferentes pueblos. Esta diversidad no es hija del acaso, sino que procede de la voluntad de los dioses. Los dioses son los representantes del génio contrario que caracteriza á las naciones. Marte inspira á los pueblos guerreros, Minerva á los que saben unir el valor con la prudencia, y Mercurio á los que no teniendo en grande estima al valor, se consagran exclusivamente á las artes de la paz (3) En frente de las palabras

(1) Euripides (Sphig.)

(2) Plutarco, de Alax, I. 6.

(3) Cyrillus, contra Julian, lib IV.

que acabais de oír, y que ya habeis adivinado que son de Juliano, el vulgarmente apellidado el Apóstata, permitidme que coloque las de S. Agustín á propósito de esta vitalísima cuestión, por ser el primero entre los escritores antiguos que acertó á precisar la noción de la humanidad en términos que bien puede admitir la filosofía novísima:» Unum ac singulum creavit... ut eo modo vehementius ei comendaretur ipsius societatis unitas, vinculumque concordiae, si non tantum inter se naturæ similitudine, verum etiam cognationis affectu homines necterentur, quando nec ipsam quidem feminam copulandam viro, sicut ipsum creare illi placuit, sed ex ipso, ut omne ex homine uno difunderetur genus humanum.» (1)

El mismo Santo padre es el primero que expone también de una manera clarísima la doctrina del influjo de la providencia en el gobierno del mundo: Dios, dice, es el principio de toda regla, de toda belleza, de todo orden; es el principio de toda medida, de todo peso y de todo número. El que no ha abandonado, no ya el cielo ni la tierra, el ángel ni el demonio, sino ni las entrañas del más pequeño y vil de los animales, ni la pluma del ave, ni la menor flor de los campos, ni la hoja del árbol; sin el acuerdo y armonía entre todas sus partes, no es posible que haya dejado las naciones de los hombres con sus alegrías y con sus amarguras fuera de las leyes de su providencia. (2)

Pero estremando el ilustre obispo de Hipona la intervención de la providencia en el gobierno del mun-

(1) Augustinus, de Civitat Dei, XII, 21.

(2) Augustinus, de civit, Dei, V, 11.

do llegó, como en tiempos modernos el célebre obispo de Meaux, á anular por completo al hombre al despojarlo, ya que no por su voluntad, por la consecuencia de la doctrina, del libre albedrío: «Dios tiene en su mano, dice el escritor últimamente citado, las riendas de todos los reinos; tiene igualmente en su mano todos los corazones..... Si quiere hacer conquistadores, hace que el terror marche delante de ellos allanándoles el camino. Cuando llega el tiempo fatal que él ha señalado desde la eternidad á la duracion de los imperios, ó los destruye por la fuerza, ó hace que sus consejos sean dictados por un espíritu de vértigo..... Por esto los que gobiernan, se sienten sometidos á una fuerza superior, y hacen siempre más ó ménos de lo que ellos habian previsto» (1)

En nuestros dias, á consecuencia principalmente del sacudimiento de fines del pasado siglo, bajo cuyo influjo, á sabiendas ó no, aun vivimos, se ha ido al extremo contrario, y se ha prescindido por completo de la providencia en las cosas humanas, como se ha prescindido de la gracia en las acciones del hombre, pretendiendo que la libertad de este último es el único factor de la historia y de la perfeccion individual, hasta el punto de que no dejará de extrañar á muchos que se pronuncien siquiera los nombres de providencia y de gracia desde la tribuna de un establecimiento público.

La providencia y la libertad son los dos factores de la historia, de tal modo, que en faltando alguno de ellos no cabe explicar racionalmente los hechos. La humanidad no puede dar un paso en su camino

(1) Discurso sobre la historia universal.

sin el concurso de la providencia, como el hombre no puede dar un paso en el suyo sin el auxilio de la gracia, que le da, como dice el Apostol, el *querer* y el *poder* para egecutar el bien. Dios inspira al hombre y á los pueblos el bien que han de realizar para cumplir su destino, Dios mueve secretamente las fibras de la conciencia, y Dios separa por último los obstáculos que pudieran entorpecer su accion; pero el hombre, por su parte, ha de recibir la insinuacion divina, y ha de determinar él mismo y con entera libertad su ánimo para abrazar el bien que se le propone. Si el hombre ó la humanidad resisten á esa inspiracion de la gracia, al dejar de realizar el *bien mejor* en aquella situacion de su vida, retardan ó quizá imposibilitan el cumplimiento de su destino. Díganlo sino esos cien pueblos que como Babilonia, Nínive y Cartago, despues de brillar con extraordinario esplendor por algun tiempo en la admòsfera de la historia, han desaparecido sin dejar otro legado ni otro recuerdo de sí que una memoria manchada con las más torpes iniquidades y la reprobacion unánime de los siglos. Dios y el hombre: he aqui los dos elementos que han de concurrir necesariamente en la delicada urdimbre de la historia. Suprimid á Dios suprimiendo la accion incesante de su providencia dando el ser á todo lo que es, la vida á todo lo que vive, encendiendo la luz de la razon en los seres racionales, y moviendo su voluntad para el cumplimiento de su destino, y reducis á la oscuridad y á la nada por el mismo hecho el hermoso panorama de la creacion. Suprimid al hombre, que á esto equivale despojarle de la libertad, y tendreis que suprimir tambien el primero

de los atributos divinos; y la humanidad no apareceria á nuestros ojos llena de dignidad, acercándose cada vez mas al criador á medida que cumple más santamente los fines de la vida, sino como una masa de autómatas, que se mueven á impulsos de un ser implacable, que se complace en atormentar á sus hechuras.

Por este consorcio de Dios y el hombre se esplica la mezcla de bien y de mal que se ofrece á nuestra vista en todos los hechos de la historia; el bien es siempre la obra de Dios, el mal es siempre obra exclusiva del hombre. El bien que produjo á la humanidad la invasion de los bárbaros al derribar el carcomido imperio romano, y el que han producido despues todas las revoluciones es la obra de Dios; los crímenes que las han manchado son la obra del hombre, y al hombre sòlamente deben imputarse; sin que pueda invocarse en su favor, para justificar las transgresiones del òrden moral, el bien cumplido por esos mismos hombres. El mal es siempre mal, y no cambia de naturaleza por el hecho de estar cerca del bien.

Reconocida la accion de la providencia en la forma que se ha indicado, sin amenguar en modo alguno la libertad del hombre, ántes por el contrario sosteniéndola y afirmándola, descubre el historiador la primera y más capital de las leyes de la historia, y que forma como la base fundamental de la filosofía de la misma, la ley del progreso. Así se esplica como la antigüedad clásica no llegó ni á sospechar siquiera la existencia de esta ley, á la que sin embargo estaba sujeta, como la tierra hacia sus revoluciones periódicas, apesar de las contradicciones de los hombres. Creyendo que la humanidad estaba sometida

En su marcha á las mismas leyes que la naturaleza física en sus revoluciones eternas, concluyó por admitir la desconsoladora creencia de que el hombre y los pueblos estaban condenados á pasar por varios períodos de vida, transcurridos los cuales habian de volver á comenzar su camino con los mismos accidentes y con los mismos dolores que ya habian sufrido una vez, y que sufririan infinitas veces, si es que el hado ciego que gobernaba las cosas humanas no llegaba á cansarse alguna vez de su ímproba tarea, ó á compadecerse de la suerte reservada á la triste humanidad. «Los astros, decían los antiguos, llegarán á encontrarse algun dia en la misma posicion en que estaban en tiempo de Sòcrates. El mismo Sòcrates vendrá de nuevo á la vida, y ejecutará puntualmente todas las acciones, y practicará las sublimes virtudes de que nos habla su història: sufrirá las mismas acusaciones de Anilo y de Melito, y será condenado finalmente por los mismos jueces.

Platon enseñará de nuevo la misma divina filosofía, en la misma escuela de Atenas llamada la Academia y á los mismos oyentes, como ya lo ha hecho una infinidad de veces en la infinidad de siglos que van ya transcurridos» (1) De aqui el pensar comun de los sábios en aquella edad que el período en que les habia tocado vivir era peor que todos los precedentes, *ætas parentum peior avis* y de aqui el poner todos igualmente la llamada edad de oro, «Saturnia regna», que dice el épico latino,

(1) Orig e Cels.

en los tiempos primeros de la historia, en la cuna de la humanidad.

El conocimiento de la ley del progreso supone el conocimiento del ideal de la humanidad, esto es, de todo lo divino que puede realizarse en la vida terrena, porque el ideal es el tipo de lo bueno, de lo justo, de lo verdadero y de lo bello, que han de tener siempre á la vista el hombre y la sociedad para acercarse á él en la vida en cuanto sus fuerzas y el estado de su cultura lo permitan; pero no debiendo olvidar que jamas el hombre podrá agotar ni traducir en hechos todo el contenido del ideal, porque le ha de servir en todas las circunstancias y en todos los tiempos como de punto de comparacion entre lo que ha hecho y lo mucho que le falta por hacer para cumplir totalmente su destino.

Por esto entiendo, señores que el hombre y la sociedad deben poner la mira en aclarar hasta donde les sea posible su respectivo ideal; porque ha de ser para ellos como la estrella polar en el Oceano de la vida; y acaso el materialismo que amenaza sustituir á toda religion y á toda filosofía en la Europa moderna, y que arranca tantas lágrimas á los hombres de corazon sano, sea hijo del olvido en que han caido desde hace algunos años estos principios salvadores de que nunca se prescinde impunemente.

He aquí, señores, un brevisimo resumen de las leyes que presiden al desenvolvimiento de la vida humana al traves de los siglos; si el trabajo no ha sido digno de vosotros, y de la solemne ocasion

en que se ha leído, la culpa ha sido vuestra tanto como mía, por habérmelo encomendado sabiendo como sabiais el alcance de mis fuerzas; aunque si con él consigo levantar la mirada de nuestros jóvenes alumnos hasta Dios fuente de toda vida y fuente del verdadero saber, aun os perdonaré el desacierto de haberme elegido para inaugurar este género de solemnidades.

HE DICHO.



